

Año I. } Quito, Agosto de 1905 } Núm. 5

La Mujer

Revista mensual de Literatura y Variedades

SUMARIO:

Esferóides, por Zoila Ugarte de Landívar.—*Señora Doña Mercedes González de Moscoso*, por Carolina Febres Cordero de Arévalo.—*Señora Doña Carolina Febres Cordero de Arévalo*, por Mercedes González de Moscoso.—*Cuento de Navidad*, por María Natalia Vaca.—*Lágrimas y flores*, por Eustolia Mosquera.—*Quito, Luz de América*, por Isabel D. de Espinosa.—*Petición al Congreso*, por Las Redactoras.—*Chalibencius*, por Ana María Alhórtiz.—*Notas*.

Imprenta de la Sociedad "Gutenberg", por F. E. Valdez.

ECUADOR

LA MUJER

Revista Mensual de Literatura y Variedades

AÑO I

QUITO, AGOSTO DE 1905

NÚMERO 5

Efemérides

I

El mundo es la patria de la humanidad y sin embargo para el hombre, la patria es el rinconcito de tierra en que nacemos.

Allí donde está el hogar, los padres, la familia, los ríos, los montes y las selvas que la cubren, allí está nuestra patria.

El águila ama el risco en que anida, la golondrina el alero en que nació, el león su horrible caverna, el insecto la rama en que por vez primera extendió sus patitas blandas y entumecidas para dar los primeros pasos. ¿Y el hombre no ha de amar á su patria?

El noruego, el australiano, el desdichado hijo de las estepas rusas, el miserable fueguino, el paria infeliz de los desiertos, no cambiarían su miserable terruño por el más delicioso paraíso.

Las tribus indias no dejarían sus bosques, por ninguna de las ventajas de la civilización.

El negro adora las selvas africanas, con la pasión salvaje de la bestia.

El hijo de la Laponia no trocaría sus paisajes de nieve, ni su sol de media noche, ni sus auroras boreales,

NOTAS

La Academia de Bellas Artes prepara para el Diez de Agosto próximo una Revista ilustrada con trabajos litográficos de los artistas señores Pinto, Puig, y de los más aprovechados alumnos, como son los jóvenes Segundo Guillermo King, Juan Francisco Montalvo, N. Navarro, etc., etc. Será la primera de su clase que vea la luz pública en Quito, y por lo mismo muy entusiastas y sinceras son las felicitaciones que envía *La Mujer* al Cuerpo de profesores de esc floreciente Establecimiento.

Con motivo de los trabajos expresados en la nota anterior, y otros urgentes encomendados por el Ministro de Instrucción Pública á dicho instituto, nuestra Revista no ha podido engalanar el presente número con la artística portada de los anteriores.

A iniciativa de «Guayaquil Artístico» se prepara en la cuna de Olmedo y Llona una manifestación en honor de la insigne poetisa, señora doña Dolores Sucre, que se verificará en la fecha clásica que celebra nuestra Metrópoli Comercial. Con la solemnidad debida se le entregará una tarjeta de oro. «La Mujer» no permanecerá indiferente en ocasión, en que se trata de reconocer los altos merecimientos de tan ilustre dama, su colaboradora; y le dedicará un número de gala, el correspondiente al mes de Octubre venidero.

Nos congratulamos con la Patria por la exaltación al Arzobispado de la Iglesia ecuatoriana, del Ilmo. Sr. Dr. Dn. Federico González Suárez. Ahora tiene el ejemplar sacerdote y severo historiador más vasto campo para ejercitar sus virtudes evangélicas y sociales con la sabiduría y tino con que ha desempeñado en la Diócesis de Ibarra el Ministerio episcopal, en días difíciles para la Nación.

La velada musical con que han dado término á sus tareas anuales los profesores y alumnos del Conservatorio Nacional, estuvo á la altura de su merecida fama. Todos los que tomaron parte en ella, de conformidad con el nutrido programa, obtuvieron vivos aplausos por su lucido desempeño. El Ministro de Instrucción Pública, Sr. D. Luis A. Martínez, dirigió palabras de aliento al Director, Sr. Brescia y á sus dignos colaboradores. El foyer del Teatro Sucre contenía á lo más selecto de la sociedad quiteña, y todos quedaron con complacidos del verdadero adelantamiento que hay en el Conservatorio de Música. Las señoritas Josefina Veintemilla y Carmela Mata entusiasmaron á la concurrencia con las dulces notas de su bellissimo canto.

por púestras bellas campiñas, por todas nuestras flores, por las brillantes constelaciones de nuestro cielo tropical.

La falta de sus vestidos de pieles, de su aceite de foca, de su arpón y de su trineo, le matarían de nostalgia.

Todos lloran por la patria si la dejan, muchos mueren de pesar, si se ven obligados á dejarla.

Cuenta nuestro historiador González Suárez, que los aborígenes del suelo ecuatoriano, veneraban ciertos lugares sagrados, á los que llamaban *Pacarinas* y de los cuales creían que habían nacido sus progenitores.

La *Pacarina* era para ellos, lo más querido que tenían: constituíala, en veces, un río, una cascada, una montaña, un lago, etc.

Cuando los Incas, según su política costumbre, llevaban los pobladores de un pueblo, para repoblar ó establecer otro nuevo, el indio abandonaba llorando su cabaña y despedíase con dolor inconsolable de su adorada *Pacarina* y, ya que no podía transportarla íntegra, si quiera se consolaba con llevar fragmentos de ella, ó una calabaza de agua, según fuera colina, lago ó río.

Llegado al lugar de la residencia señalada, derramaba con gran respeto, las piedras ó tierra, en otro valle, en otro cerro; mezclaba el agua, al río ó arroyo que regaba la nueva patria, dándole el mismo nombre de su primitiva *Pacarina*.

De este modo, el infeliz expatriado, creía no haber perdido su hogar, ni dejado para siempre el pedazo de cielo que le cobijó al nacer.

Costumbre bella y poética, que jamás la ha practicado el hombre civilizado, y que acredita lo natural, lo innato del amor patrio.

Ese indio semi-bárbaro, sin refinamientos ni cultura, pero con los sentimientos vírgenes, tal como se los dió Naturaleza, nos comprueba con su delicado afecto, que el amor á la patria, no lo ha criado la civilización, más sí, que él nace vigoroso y grande como brote espontáneo de nuestra alma.

El desterrado á quien la fatalidad alejaba de su *tushpa*, no pudiendo oponerse á la voluntad omnímota de su señor, se consolaba con la bella ilusión de no haberla dejado, repitiendo siempre los mismos nombres que balbuciera en su infancia,

Amamos la patria *porque sí*: ella nos pertenece y

nosotros le pertenecemos, su gloria es nuestra gloria, su miseria, la nuestra.

Nos enorgullecemos de sus triunfos, exaltamos su grandeza y estamos orgullosos de haber nacido en su suelo.

Los pueblos no son grandes por la extensión del territorio que ocupan, sino por los hombres que la habitan.

Cuanto más hijos ilustres haya dado un país, tanto mayor será la admiración que despierte.

Roma, la emperatriz de Occidente, fué la Roma de los Camilos y Escipiones, de Cornelia y de Corina, de los Horacios y los Gracos.

Las doce aldeas que formaron á la gran Atenas, ocuparon pocas leguas de tierra y Atenas, la capital del mundo artístico y sabio, fué la Atenas de Pericles y Aristides, de Sócrates, de Catón y de Tirteo.

Todo hombre grande, engrandece á su patria: los héroes la engrandecen también.

Recordar á los que le dieron timbre es honrarla y amarla; recordar á los que la crearon y nos la dejaron en herencia, es deber de gratitud. Ellos vivieron antes de nosotros y nos allanaron el camino; justo es que no los olvidemos.

Los antiguos dedicaron templos y altares á sus hombres notables llamándolos semidioses, nosotros les erigimos estatuas, celebramos sus fiestas, escribimos su historia y la enseñamos á nuestros hijos: de este modo hacemos manifiesto nuestro reconocimiento y admiración.

Las naciones civilizadas, hallan estrechas las plazas para los monumentos que elevan á su memoria.

Pueblo que olvida estos deberes retrograda, pues aún las tribus salvajes, conservan con amor sus tradiciones.

Rememorar la historia de los héroes, es labor patriótica, es reanimar el fuego sagrado del entusiasmo para que caliente los corazones jóvenes; es elevar el espíritu de los pueblos que podría decaer si no tuvieran presente el sugestivo ejemplo de los privilegiados de la Humanidad.

Dice Dn. Pedro Fermín Cevallos que la historia no es sino la repetición de los mismos hechos. Abramos la nuestra y busquemos las fechas magnas.

¡Díez de Agosto de 1809, blasón glorioso de la patria, tu página está aquí!

En esa memorable noche, muchos valientes patriotas reunidos en casa de la ilustre dama Dña, Manuela Cañi-

zares, resolvieron proclamar la independencia del territorio que hoy se llama Ecuador.

Los conjurados establecieron una Junta gubernativa, compuesta de nueve miembros, cuyo Presidente fué Dn. Juan Pío Montúfar, Marqués de Selva Alegre.

Salinas y Zaldumbide sublevaron la guarnición de la ciudad y la situaron en la plaza de la Catedral, mientras que el Dr. Ante comunicaba al Presidente Conde Ruiz de Castilla, la *evolución* y le ordenaba guardar prisión en sus propias habitaciones.

La multitud se aglomeraba ya en la plaza y el mismo Dr. Ante le hizo saber el arresto del Presidente. Un grito unánime de ¡Viva la patria! ¡Vivan los patriotas! resonó atronador.

Los clarines y cornetas dejaron oír sus notas marciales al compás de cajas y tambores; las campanas fueron echadas á vuelo y un general alborozo, saludó la alborada del 10 de Agosto de 1809.

El estruendo del cañón repercutió solemne, de risco, en risco, de montaña, en montaña. Era el primer saludo de los libres á la gloriosa libertad.

Un entusiasmo loco cundió por todas partes, y la ciudad de los *Shiris*, la espléndida Corte de Huaina Cápac, llamóse desde entonces «Faro y Luz de América»!

II

Tres mil hombres mal armados componían el ejército de los republicanos: de éstos mandaron al Norte cerca de mil lanceros y algunos soldados de infantería á órdenes del Coronel Ascásubi y de Dn. Manuel Zambrano, los cuales fueron derrotados allí. Otros cuerpos enviados al Sur con el objeto de que se opusieran á las tropas de Cuenca y Guayaquil, se pasaron á los españoles, quedando Quito, aislada y sin esperanza de socorro.

En tan angustiosa situación resolvieron los patriotas entrar en arreglos con el Presidente, quien regresó de Ñaquito donde le tenían confinado, el 25 de Octubre de 1809.

Tres meses sólo había durado la soberanía de los independientes, pero la simiente de la libertad había

germinado vigorosa, y de ella crecería el árbol frondosísimo que cobijaría todo el continente.

Ruiz de Castilla se comprometió á olvidar los acontecimientos del 10 y á no molestar á los que en ellos tomaron parte, pero supónese que instigado por el Coronel Arredondo que mandaba los quinientos hombres venidos de Lima, se arrepintió de su promesa, cometiendo la deslealtad de hacer tomar prisioneros á los Sres. Salinas, Montúfar, Arenas, Cajías, Peña, Vélez, Larrea, Riofrío, Melo, Ascásubi, Vinuesa, Morales, Quiroga, Villalobos, Correa y otros, hasta más de sesenta de los revolucionarios.

Procesáronlos y el fiscal Arrechaga pidió la pena de muerte para cuarenta y seis de los acusados y la de destierro para los restantes.

No sabemos por qué motivo el Presidente, no quiso dar esta sentencia y lo que hizo fué mandar el proceso al Virrey de Santafé.

Ofendido el pueblo de su versatilidad y exasperado viendo que los prisioneros seguían indefinidamente así, resolvió conjurarse de nuevo.

Ocho ó diez valientes, ocho temerarios, cuyos nombres deberían grabarse con diamantes, asaltaban el cuartel de «Lima».

Armados de palos y cuchillos, sorprenden la guardia, la derriban, luchan, la vencen. Paralizan la guarnición; por la sorpresa de la intempestiva arremetida; se adueñan del cuartel, y se dedican á romper los grillos de los prisioneros.

Los asaltantes del «Presidio» habiau también cumplido con su deber, y adueñándose de algunas armas, corrían á auxiliar á sus compañeros del «Real de Lima».

Otros que debían tomarse el «Popayán» faltaron á su compromiso y dieron lugar á que el Comandante Angulo, hiciera abrir á cañonazos, una tronera, en la pared que dividía el «Lima», de su cuartel, por donde entraron él y todos los suyos.

Agotadas las pocas municiones que los patriotas pudieron recoger, comenzó la lucha cuerpo á cuerpo.

Lucha de titanes; allí caen, ruedan, se asesinan, en la penumbra formada por el humo de la pólvora.

Entre tanto por la brecha penetran más y más realistas.

La resistencia es inútil; cada uno defiende con te-

zón su propia vida; pocos huyen, los otros caen vencidos por el número, acribillados á bayonetazos.

El Capitán de la guarnición Nicolás Galup, antes de morir ordenó á su gente la matanza de los presos; así es que apenas libres del vigoroso ataque de los asaltantes, corren á los calabozos y principian su obra nefanda.

Los nombres de Morales, Rodríguez de Quiroga, Cajías, Salinas, Larrea, Ascásubi, Tobar, Melo, Riofrío, Peña, Villalobos, Olea, Arenas, Guerrero, Aguilera, Vinuesa, etc., se escribieron aquel día en el libro de los inmortales.

Estos luctuosos acontecimientos, se desarrollaron el 2 de Agosto de 1810, casi al año cumplido de la primera tentativa de libertad.

III

Los primogénitos de la falange heroica que nos redimiera, tienen lugar aparte en nuestra historia, como lo tiene el inmortal Miranda; porque los mártires abren el camino á los héroes, y con frecuencia las acciones ruidosas de armas, han sido precedidas por modestos sacrificios.

El éxito no siempre corona los esfuerzos, pero aquellos que dieron la iniciativa de regeneración, que despertaron, los primeros, el amor al patrio suelo, que electrizaron con su palabra y con su ejemplo á la multitud ignorante, vigorizando á los tímidos, animando á los indecisos, esos merecen coronas, estatuas, monumentos y todo aquello que haga patente nuestra gratitud.

Pasaron ya los tiempos heroicos, pero las heroicidades no han pasado y en las evoluciones del mundo, se presentan siempre con nuevo aspecto.

El valor como todo sentimiento exaltado es contagioso; el espíritu se eleva ó deprime según presencie nobles ó viles ejemplos.

América, la patria de Calicuehima, Pintac y Caluide, sintióse conmovida á la nueva del sacrificio consumado.

La chispa de libertad que un puñado de hombres encendiera en una eminencia de los Andes, se convirtió en incendio desastroso.....

La sangre de los héroes del 10 de Agosto, enrojeció los ánimos, vigorizó los corazones y por todas partes surgieron héroes.

Policarpa Salavarrieta, sube tranquila y bella las gradas del cadalso, no en la edad madura que Madama Roland, sino en la primavera de la vida, cuando hay sueños y azules-ilusiones, con el corazón enamorado, y el alma ardiendo en patriótico entusiasmo.

La virgen colombiana ha inspirado muchos cantos, ha arrancado muchas notas de admiración; el bronce no le ha rendido tributo, pero su memoria no lo necesita, para perdurar por siempre en los corazones americanos.

¡Ricaurte! Antonio Ricaurte ve que peligra nuestra causa: un instante de vacilación y la obra de años, habríase perdido en un instante.

La inspiración de su sacrificio cruza veloz por su cerebro, se ilumina su frente, chispean sus ojos: su resolución está tomada.

No vacila, no discute consigo mismo; olvida su pasado, no piensa en su porvenir, ni siquiera en la gloria que le espera; la obligación de morir, es lo único que se destaca ante él, radiante como un triunfo.

El parque, el polvorín que custodia están allí; van a caer en poder del enemigo, pero una sola chispa basta para salvarlos.

Los soldados de la patria son sagrados; cada brazo que sostiene un rifle aumenta la probabilidad del triunfo de los patriotas.

Ricaurte reflexiona, que no es necesario que sus compañeros perezcan.

Con sangre fría asombrosa, aleja la guarnición que comanda ordenándole replegarse al grueso del ejército, que está a corta distancia.

¡Siquiera ellos se salvarán!

Los ve alejarse sin pena, sin temor, tranquilo, estoico, casi desdenguado.

Señor de sí mismo, los sigue con la mirada impávida del héroe, calcula las distancias, ve que la tremenda explosión no puede alcanzarlos; prende fuego a la pólvora y vuela su cuerpo por el aire, entre humo, llamas, metralla y miembros de enemigos destrozados!

¡León nacido de mujer! Tú solo, en un raptó de sublime patriotismo, salvaste nuestra independencia!

¡La memoria de tu estupendo sacrificio bastaría para la gloria de América!

¡Ricaurte! ¡Inmortal Ricaurte! ¡Figura de epopeya, «tizon sagrado», el estampido del polvorín encendido por tu mano, se anidó en las oquedades de la cordillera, en los cráteres de los terribles volcanes andinos y de allí sale, retumba y repercute en todo el Continente, desde México hasta Magallanos, para que tus hijos no olvidemos jamás lo que se debe á la Patria!

¡Héroe, entre los héroes americanos! Yo no sé cómo labraría tu estatua el escultor que la hiciera, pero la deseáramos en la actitud trágica y sublime que tuviste al morir, tal como te vemos cuando te recordamos!.....

Aquí en esta misma ciudad, sobre las faldas del Pichincha, se levanta también otra figura.

No tiene ella la viril apostura de Ricaurte, le faltan sus músculos y su estatura, pero la anima su mismo espíritu y la nimba su misma gloria.

En Mayo de 1822, los patriotas treparon por riscos y desfiladeros, hasta encontrar al enemigo: danse las primeras cargas y casi son arrollados.

El Teniente del batallón Yaguachi, es un adolescente, pero su alma adulta ha sido reemplazada por el infortunio.

De naturaleza de héroes, sus pocos años no son parte para que desmienta su prosapia: sangre de Garaicoas y Calderones corre por sus venas.

Avanza de los primeros; su voz aún tiene los dedos de la infancia, pero él trata de que sea viril y grita á sus soldados: «Adelante muchachos, adelante!»

Una bala le rompe el brazo derecho, su espada la recoje el izquierdo; otra bala, otra y otra.... El héroe cae, sus piernas y sus brazos están rotos, pero aun alienta, aun trata de levantarse, aun forcejea con la muerte!

La sangre corre á borbotones, y sin embargo su único afán es preguntar si triunfan.

Valdado, exangüe, ha caído boca arriba, sus ojos moribundos y abiertos miran al sol casi en su meridiano y la vida se le escapa en pleno día!

Héroe adolescente, el cortinaje que sombreó tu ago-

nía, fué el dombo azul de nuestro cielo, del cielo de la patria, por quien supiste morir.

Pálido, desangrado, moribundo, su figura de niño acrecida por su valor de hombre, nos inspira admiración y supersticioso respeto.

Su padre murió por la independencia, su madre como las madres espartanas, no tuvo flaquezas femeniles; con su ejemplo le enseñó que el deber es primero que la vida.

Ella era de aquellas que solían decir á sus hijos: «vuelve con el escudo ó sobre el escudo», es decir, triunfante ó muerto, y el muchacho adorado no volvió.

Nacido en la meridional provincia del Azuay, el aquilón de la guerra, le trajo á morir en el Norte.

Su gloria necesitaba un pedestal tan alto como el Pichincha!

Vida de una sola página, sus caracteres de oro, dicen estas solas frases: ¡Muerto heroicamente por la patria!

Estos y cien otros, fueron los herederos de los héroes y mártires del 10 y 2 de Agosto de 1809 y 1810!

Las crueldades exasperan: el rugido de agonía que los próceres de Agosto, lanzaron al morir, fué la señal del combate.

La América fué un solo campo de batalla.

Grande, terrible, ponderosa lucha aquella, en que la sangre corrió á mares!

¡Sangre bendita! Los corazones de nuestros libertadores alentaron con ella; ella calentó los cerebros que concibieron nuestra redención; ella dió vigor al brazo que combatió por nosotros!

Los huesos de los héroes del 10 de Agosto, en dónde están?

Acaso los ha dispersado el viento, acaso forman parte del terruño que hollamos, acaso se han mezclado con los ígneos vapores del Pichincha, esparciéndose en el éter, para que no los profanen la inmundicia de la tierra!

Los manes de los egregios libertadores nuestros viven, no la mezquina vida de la materia, sino la inmortal, de lo inmortal; viven también en nuestra memoria, viven en nuestro corazón, la más espiritual de nuestras entrañas.

La tierra, vuelve á la tierra, ó se suspende en la at-

mósfera: el espíritu perdura y quizá se refunde en el Gran Espíritu de donde se disgregó.

Los pueblos han hecho un culto de la memoria de sus muertos; cual más, cual menos, todos les dedican honores.

Los honores hechos á los que fueron, de nada les aprovecha.

La gloria mezquina de la tierra debe ser bien poca cosa, en la Eternidad; aquella gloria es más bien nuestra que de ellos; somos nosotros los que tenemos empeño en perpetuarla y publicarla, porque ella nos engrandece á los ojos de los demás pueblos.

No basta que todos los años recordemos su heroicidad, y la celebremos, necesitamos algo tangible, algo palpable que nos los haga presente.

La plaza de la Independencia ostentará dentro de poco tiempo, nuestra admiración, nuestra gratitud, nuestro orgullo, exteriorizados en un monumento digno de los padres de la libertad americana!

Sucre estaría muy bien de pié sobre el histórico volcán, teatro de sus hazañas; los mártires del 2 de Agosto, tienen su sitio aquí, en la ciudad testigo de su bravura, donde se derramó la primera sangre que sorbió nuestro suelo, como un bautismo de libertad; aquí, en San Francisco de Quito, donde nació la terrible, estupenda lucha, que atronó todo un continente, que pobló de héroes todo un mundo.

ZOILA UGARTE DE LANDÍVAR.



SEÑORA DOÑA

Mercedes González de Moscoso

QUITO.

Amiga, entre las venturas
 Quo me deparó el destino,
 Entre las suaves y puras
 Como don de las alturas
 Tu bello canto me vino.

En esos versos vibrantes
 Que enviaste, vieron mis ojos
 Niágara de oro y diamantes
 Señora, no así me cantes
 Porque me causas sonrojos.

Dándote oscuro follaje,
 De flores mi número faltó,
 Alcanzó preciado gaje;
 Pudo mi pobre homenaje
 Merecer, premio tan alto?

Arpegios gratos exhalas,
 Y tu generoso anhelo
 Prestándome nubes y alas
 Hoy me obsequia con las galas
 De seres que hay en el cielo.

Gracias, Musa!—por mi mal
 No soy ave ni soy hada
 Que habita mundo ideal,
 Vestida con el cendal
 De la nube nacarada.

No consiente mi razón
 Que cual yo no soy me creas,
 Consérvame tu afición,
 Aunque la desilusión
 Encuentres cuando me veas.

No importa que sea en mi daño
 El decirte la verdad;
 Quiero, con pesar extraño,
 Desvaneciendo tu engaño
 Mostrarte la realidad.

No me parezco á los seres
 De poética región;
 Soy cual todas las mujeres
 Que á los vulgares quehaceres
 Prestan humilde atención.

La materia al mundo me ata
 Y se resigña mi sér
 Con la realidad ingrata
 De la vida que arrebató
 De la ilusión el placer.

Talvez mis alas perdí,
 Y lo echo de ver ahora.
 (Ni sé si las tuve aquí);
 Y no he podido, ay de mí!
 Llegar á lo alto, Señora,

Veo el mundo soberano
De ensueños flores y nubes;
Mas lo veo muy lejano;
Dame tú, dame la mano
Y llévame á él cuando subes.

La empresa talvez te alarme
Por el peligro que encierra;
Aunque procure esforzarme,
Cuando quieras levantarme
Te quedarás en la tierra!

Prosigue siempre inspirada
Tu camino luminoso
De mirtos ya coronada;
Que yo en mi senda trillada
Tan sólo busco reposo.

Yo lo confieso; me viera
Muy dichosa si también
Mi frente ostentar pudiera
Una guirnalda hechicera
Como la que orna tu sien.

Mas la Musa rigorosa,
No me concede, en verdad,
Inspiración poderosa.
Escribir versos en prosa
Es toda mi habilidad.

También prosaica es mi vida
Que sosegada discurre
Por noble amor protegida,
Vivo en mi hogar recogida
Porque el bullicio me aburre.

Sin un afán temerario
Aplicome á la costura,
O al humilde quehacer diario,
Y nada de extraordinario
Me interesa ni figura.

Porque no creas te engaño,
A este fiel relato mío,
Esa imagen acompaño,
Aunque redunde en mi daño,
De mi retrato el envío.

Enséñalo á los que adoras
Querubines de tu Edén,
De tu crepúsculo auroras
Apacibles, seductoras,
Niños que yo amo también.

El eterno los bendiga
 Cual desca el corazón!
 Diles tú que soy su amiga
 Pues á la ABUELA me liga
 Sincera, leal afección.

Con tu hermosa poesía
 Otro recuerdo muy grato
 Guardar quiero, amiga mía:
 Y colmarás mi alegría
 Si me obsequias tu retrato.

Guayaquil. — 1905.

CAROLINA FEBRES CORDERO DE AREVALO.



SEÑORA DOÑA

Carolina Febres Cordero de Arevalo

GUAYAQUIL.

Sentí muy grata impresión
 al mirarte, amiga mía;
 no me engañó el corazón
 cuando te llamé ilusión
 ave, musa y armonía.

En tu mirada fulgura
 algo que presta consuelo,
 y en tu severa hermosura
 la plegaria que murmura
 entre el corazón y el cielo.

Sin conocerte, Señora,
 te envolví en nubes de armiño
 y rayos de azul aurora,
 sabes que todo lo dora
 la voluntad y el cariño.

Pues á fé que el pensamiento,
 al crearte noble y bella
 como la Maga de un cuento,
 acertó en su loco intento,
 pues en tí miro una estrella.

Gracias, Señora, has venido
 á brindarme dicha y calma,
 á prestar luz á mi nido
 y á ser algo muy querido
 de los pedazos de mi alma.

Luz, Esmeralda, pedía,
 les tu presente tan grato!
 que mi nieta en su alegría
 halló opaca la del día
 para admirar tu retrato.

Con él vienen, Carolina,
 tus versos ¡dulce tesoro!
 arpegios de arpa divina,
 rumor de agua cristalina
 que murmura en lecho de oro.

En pago te van canciones
 faltas de vigor y galas
 cual perdidas ilusiones;
 entumecidos gorriones
 que en tierra arrastran las alas.

Sólo por tí, con premura,
 aunque estoy tan fea y vieja,
 hice copiar mi figura
 que ya como noche oscura
 tristeza en el alma deja.

Siempre el invierno es muy frío,
 no tienen olor las flores,
 se enturbian el lago, el río,
 y en el paisaje sombrío
 de lágrimas hay vapores.

Soy débil luz que se aleja
 y se pierde en el vacío
 como en el alma la queja,
 y que sólo surcos deja
 en este pobre hogar mío.

Mas con gracia singular
 y con bondad y cariño
 me invitas vaya á tu altar;
 muy vieja llevo á tu hogar
 pero mi alma es la de un niño.

A veces sueño, me río
 y en el cáliz de las flores
 esmaltadas de rocío,
 creó encontrar algo mío,
 ¡engaños halagadores!

Esto, cuando á mis oídos,
en dulce apasible calma
y por la brisa impelidos,
como rumores de nidos
tus cantos llegan á mi alma.

Yo los guardo y te venero,
En ellos los ojos fijos,
otras venturas espero
y á quererte cual te quiero
enseño á mis pobres hijos.

¡Pueblan ángeles tu hogar?
tienes en la tierra un cielo
y de esperanzas un mar....
por eso sabes cantar
y emprendes tan alto el vuelo!

Son fuente de inspiración,
y yo, apesar de mis años,
siento alegre el corazón
y exhalo tierna canción
si beso rizos castaños.

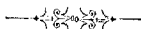
Así pasa la existencia
entre lágrimas y risas,
y es de mi vida la ciencia,
llevar luz en la conciencia
aunque el alma esté en cenizas.

Si algún lauro recojí
en mi erizado camino,
pronto marchito lo ví,
pero el que te debo á tí
ilumina mi destino.

Tu nobleza á tí me obliga,
me tiendes la blanca mano
y me llamas dulce amiga:
el Eterno te bendiga
ruiseñor ecuatoriano!

MERCEDES G. DE MOSCOSO.

Quito, Junio de 1905.



Guento de Navidad

Era Navidad y Manuelita iba á cumplir después de media noche, diecisiete abriles. Delgada y enfermiza, revolando siempre en sus facciones delicadas menos años de los que contara en realidad, muy recientemente había ascendido á la categoría de usar vestido largo.

Ya era señorita: las niñas la verían con envidia, y los hombres? ¡ah! los hombres debían saludarla con sombrero en mano.

La misa del siguiente día, y dos ó tres visitas en casa de cualquiera amiga, vinieron, pues, á abstraerla de tal modo que, encerrada en su modesta alcoba, se vistió de gala y principió á ensayar meneo tras meneo tomándose la cola; ciencia tan difícil de aprender cuando la niñez apenas ha pasado.

Poco favorecida de las Gracias, pero dueña de un candor y una inocencia capaces de inspirar ternura al corazón más frío, Manuelita era el encanto de su pobre madre. Esta á fuerza de ahorros y muchas privaciones, no escaseaba á su hija, aquel esparcimiento, aquellos goces puros llenos de sencillez y bienestar que saben solamente prodigar las madres.

Viuda de un coronel de artillería y aunque perteneciendo á la clase noble, su única riqueza consistía en la pequeña renta que el Gobierno les pasaba y la que casi no alcanzaba para ella y para su hija.

Mas, eran tan virtuosas, tanta candidez había en el fondo de sus dos angelicales almas que de la desgracia hicieron escabel. Parecía rodear la encanecida cabeza de la madre y la brillante y negra de la niña, nimbos de apacible luz.

¿Cómo no mirarse con aires, del que acaba de palpar ensueños realizados, ella, Manuelita, con su falda larga de color de aurora. del color que ostenta la imagen de la Virgen en flotante manto?

Los gritos, la algazara, en medio de los cuales se recuerda año tras año el misterio del Belén, cruzaron en sus sueños durante aquella noche como voces de ángeles

que elevándose al favor de sus plateadas alas y entonando cantos, mientras iban recogiendo flores que subían, subían de la tierra, le ofrecían vestidos blancos unos, con festones y encajes bordados de estrellitas; leves y vaporosos otros cubiertos de diamantes y sobre todo el mismo de sencilla tela cosido por su madre que entonces lo veía sumamente hermoso y como remedando en ondulantes pliegues el suave reflejar del astro de la noche en la serena superficie de una fuente.

Además algo semejante al sollozar de brisas, como el tenue gemir de las palomas ocultas en sus nidos, ese algo que presagia al alma que dormía su primer amor, ya había sentido Manuelita al conocer á Carlos y éste la vería, él que en forma de Cupido vagaba también en las alturas y sonriéndola había bajado hasta perderse en las cortinas de su lecho é impregnado mil besos en su frente.

Presa de una agitación febril, creyendo que su madre especialmente podría leer al través de sus ojazos negros cuánto había soñado, despertóse cuando ya el reloj de la vecina iglesia daba siete campanadas.

El sol como el insigne propietario de vastísimos dominios recorría su carrera majestuosamente y la Pascua se veía pintada en el espacio, en las casas, en las gentes que iban y venían á manera del afluir y refluir de las mareas, por las diversas calles de la población.

Los carruajes se estrechaban unos á otros con calma imperturbable llenos de elegantes más afortunados que la mayoría de transeuntes destinada á andar en sus dos pies.

Las campanas de los templos convocaban á los fieles con ecos de alegría á ver en portalitos fabricados de musgos y de lianas al recién nacido, á ese Hombre-Dios mortal humanándose hasta ser envuelto en humildes pañales y adormido por los suaves arrullos de una madre.

Las ocho! y Manuelita se estrenó su falda, y asistió á la misa, y escuchó con recogimiento el sermón del P. Antonio, pobre viejecito de cabeza emblanquecida por el sufrimiento más que por la edad. Vio á la entrada á Carlos, y, por fin, tornó á los brazos de Angela, su madre que, medio paralítica hacía tiempos no salía de casa más que hasta el jardín á recibir un poco el sol de las mañanas y prestar á su cuerpo entumecido un tanto de vida artificial.

¡Qué sería de ella si Dios no conservara á su hija!
 ¡Cómo habría querido regalarla en aquel año, el último quizá que la abatida enferma se mirara en el espejo de sus dulces ojos!.....

Un beso de la viuda y Manuelita acompañada de su prima Adela, una casada joven víctima también de la pobreza, se echó á la calle con dirección á la plazuela donde estaba la casa de una amiga. La distancia era larga y ansiaba nuevamente lucir con su vestido aurora.

Por otra parte la amiga estaba en cama cosa ya de un mes y precisaba verla.

Esta la única heredera de una gran fortuna, bella como la inocencia y poseedora de rarísimo talento amaba á Manuelita con toda la franqueza y espontaneidad de su alma.

Había estudiado su candor, las prendas que la hicieran acreedora de su afecto y desde los bancos de la escuela, entrambas se juraron amistad eterna. Así lo habían cumplido á pesar de la diferencia enorme de posición y de dinero mediada entre las dos.

Herminia era tan rica! Su casa, pues, situada en la plazuela de San Pablo, uno de los barrios principales de la aristocracia; revelaba la fastuosidad y el lujo de los moradores.

A la entrada Adela y Manuelita se encontraron con doña Ana madre de la enferma.

Metida en los jirones de un vestido verde y de una manta vieja rayando en lo ridículo, doña Ana les salió al enenentro. Quería á las dos jóvenes como que eran condiscípulas de su hija.

—¡Hola, Manuelita! Qué vientos me le han traído, borbotó con voz chillona y destemplada y sin darles tiempo pero ni á un saludo; ¿cómo está pues; cómo ha estado; cómo le ha ido; cómo esta Angelita; qué se me ha hecho? Cómo ha estado, cómo ha estado, repetía sin saber á cuál introducir primero.

Al fin, como filtrada, fué ella quien pasó derecho á arrellenarse en un sillón de brazos que Pepe, su querido esposo, le mandara á hacer y el que indudablemente y en caso de necesidad no cedería ni al mismo Alfonso
 XIII.

—¡Qué les parece, comenzó de nuevo, Herminia con las *vistas* irritadas: el aire, pues, el aire! se propuso ir de paseo en automóvil, automotivado, cómo llaman ¡mal-

ditos franceses! qué no inventarán; hacer coches poniendo una cocina en vez de los caballos. Eso le ha hecho daño. Yo sí, como señora de mi estrado que me visto por estampas no estoy por darles gusto en eso de buscarme enfermedades.

Y golpeó en el suelo con los pies forrados de babuchas enormes de pieles de conejo que su Pepe le mandara á hacer.

—Nada más que enfermedad á los ojos tiene Herminia? preguntó la prima de Manuela.

—Nada más, Adela, creo que también algunas calenturas, un poco de *persianas*, tercianas ¡qué sé yo! no he entrado á su cuarto siete días ¡las ocupaciones, hija!

Mientras tanto la fiebre, una horrible fiebre había postrado á la heredera en el lecho del dolor, sin que nadie, nadie de los suyos lo supiera.

Doña Ana ¡pobre madre idiota! nunca había pensado en conocer á su hija, que por un fenómeno rarísimo como los hay muchos en la vida, era inteligente y el reverso suyo.

Herminia había crecido en un hogar sin fuego: su padre sordo y también idiotizado á fuerza de ambición y de negocios, la anaba á su manera, es cierto; pero no veía más Dios ni más senderos que los calculados por su cara esposa. De ahí que ninguno de los dos se hubiera dado cuenta de lo que en verdad adoleciera su hija.

¡Ah! la riqueza, la abundancia exagerada y loca de ese vil metal que decimos oro, no, no constituye ni la sombra más pequeña, el principio más lejano de felicidad. Este caprichoso enigma, esta farsa confundida entre celajes de color de rosa, perdida en fantasías, arrullada á veces por las más sublimes y castas ilusiones no posa sobre el mundo. Vive únicamente en la región etérea, arriba, muy arriba donde no hay pesares, donde los anhelos, las nobles esperanzas, ese no sé qué incesante que aspira el corazón, encontrarán hartura. ¡La dicha está en el cielo!

Herminia no era, pues, feliz pero ni siquiera medianamente acariciada por ningún ensueño á pesar de sus riquezas. Vivía en aislamiento y ese engendrador del tedio la hizo reservada, seca; idolatraba á sus padres pero viéndose casi rechazada por ellos, el hastío, la nostalgia que hacen ver las horas de existencia cercadas de tinieblas, la iban consumiendo.

Sufría en el silencio mártir del orgullo á veces.

Su carácter tan dulce cuando niña se había trocado en áspero. Los modos de vivir son otros tantos climas con diversos aires, con distintos soles que así prestan vigor como marchitan, languidecen, matan el espíritu de luz de la mujer.

Aquella joven, huérfana de afectos en su misma casa, huía de la sociedad con ira si cuando se padece todos tienen culpa, en todo creemos ver las risas del sarcasmo, las máscaras, el odio. Solamente Adela y Manuelita entraban á su estancia: dos lirios cuyas hojas los tintes de la aurora bañaban con respeto.

Después de oír sandeces y sandeces á doña Ana rogaron la dejara penetrar al cuarto de la enferma.

—Vayan, vayan ustedes. Yo estoy tan ocupada. La Pascua me ha cogido hecha un disparate y eso que no tengo cumplidos cuarenta años.

En efecto, doña Ana contaría apenas treinta y siete pero su perpetua *negligé* la había convertido en prematura vieja.

Avara por naturaleza, hasta el extremo, sin que oye-
ra jamás el murmurar de dulces bendiciones que á la Caridad proceden, la miseria y el descuido á su persona circulaban con su propia sangre. Jamás se la veía á pies es cierto; más lo común era ver atravesar su coche con un montón de harapos dentro y luego, mil ojos la seguían, mil dedos señalaban su pase con desprecio, con reconcentrado empeño de arrojar sobre ella el anatema que ostentan muchos ricos si el pan que el desvalido, la doncella próxima á caer, el huérfano, la viuda, esa pléyade sin nombre de desheredados que cruzan moribundos, tristes; ese pan lo niegan ó imitan á doña Ana. ¡Pobre madre idiota! Su castigo allí.

Volvámonos á Herminia: dormía en ese instante ó al menos un sopor horrible la había sumergido en una especie de letargo.

Adela y Manuelita ahogando el ruido de sus pasos se encontraron frente á frente de su lecho. Parecía una muerta con los grandes ojos entornados hacia arriba y los labios secos y teñidos de un color violáceo.

La semioscuridad que reinaba en esa habitación profusamente decorada y en medio de la cual surgían los objetos como sombras, hizo estremecer á las dos jóvenes mientras se encontraban sus miradas y con indecible an-

gustia habrían querido también comunicarse mutuamente sus ideas.

Aquella habitación era un sepulcro.

Los cortinajes chinos cayendo á lo largo de tres ventanas dibujaban en su centro algunos sauces que bien podía tomárselos por los guardianes callados de una tumba.

Nadie, nadie se encontraba cuidando de la enferma ni siquiera una sirvienta.

Las dos primas se acercaron silenciosamente. Las emanaciones de la fiebre llegaron á envolverlas en vapores cálidos; casi no sabían si retroceder ó no.

Un canario, el único amigo de la abandonada niña; principió á gorjear muy quedo desde su jaula suspendida de una argolla en el centro de la estancia.

Herminia abrió los ojos y como si buscara en el fondo inmenso del recuerdo algo que ya hacía mucho tiempo, lo tenía olvidado, vagamente los fijó en las jóvenes y volvió á cerrarlos.

—Herminia ¿cómo sigues? murmuró una de ellas, mira, ¿no nos quieres ya? nos desconoces? ¡Pobrecita! ¿tienes mucha fiebre?

—Sí, sí, contestó la enferma semejando un ¡ay! tengo mucha fiebre aquí y en la cabeza; y principió á ajustarse el pecho convulsivamente.

—Cálmate ya ves que el aire es tan maligno, interrumpióle Adela sentándose en el borde mismo de su cama y tratando de calmar á la agitada amiga.

—¡El aire, el aire!, repitió de nuevo, quién pudiera introducirlo hasta este corazón y refrescarlo. Ah! la muerte debe ser el aire propio para mí!

Y como si en verdad faltara la respiración á sus pulmones parecía asfixiarse presa de un temblor extraño. Dos gruesas lágrimas rodaron lentamente por sus mejillas coloreadas por la fiebre é impelida luego por algún secreto pensamiento. ¡Madre, madre mía! prorrumpió al través de quejas y sollozos de ave moribunda, madre, tú no me amas!

Adela se sintió estrechar entre dos brazos semejantes á dos hierros.

El alma de Herminia dejaba la materia; se iba, se esfumaba como aquesas sutiles nubecillas que en las tardes huyen en las alas fugaces de los vientos, como el último gemido de una flauta que sube y se confunde con las ondas de luz en el espacio!

En fuerza de un remedio tomado en mayor dosis que la prescrita por el médico su exaltación rayaba en la locura.

Indudablemente había perdido la razón.

Las palabras salían de sus labios inarticuladas, sordas, sus quejas transformáronse en verdaderos estertores de agonía. Sus crispadas manos no aflojaban el cuerpo de su amiga y los edredones, las colchas de valor que la cubrían comenzaron a sentirse desgarrados por unos dientes blancos y finos como perlas.

Adela se creyó en los últimos momentos de su vida, más si al regresar se encontró con que Manuclita había desaparecido.

Esta, asustadisa, tímida con la timidez de un niño, después de presenciar en completo mutismo una escena que jamás ni se había imaginado no tuvo otro recurso que ponerse en salvo por medio de la fuga.

¡Qué hacer! Optó por deslizarse tras de un parapeto y de ahí favorecida por la oscuridad atravesar la estancia, pasar el corredor y luego volverse hasta su casa é imponer con lágrimas á Angela, su buena madre, de cómo Herminia dueña de tanto oro, se veía desgraciada en medio de su fausto.

Ahogando los latidos de su pecho y con ese miedo ingénito en los seres débiles ya habían descendido hasta el descanso de las gradas.

Más ¡infortunada Pascua! Nerva un enorme perro recientemente enviado como obsequio á Herminia desde el archipiélago de Colón, ahí fingía dormitar la siesta por ver de no dejar que nadie penetrara sin antes consultar con él.

Carreño no se había extendido todavía hasta los perros de suerte que el recibimiento hecho á Manuclita fué tremendo. De un salto y recordando todos los instintos feroces de su raza, se lanzó hasta el cuello de la pobre niña rasgándole en pedazos la mantilla que cubría sus hombros y lo que es peor su falda de color de aurora.

El terror monstruoso que se apoderara de ella no es para descrito.

Pálida como una estatua que representara la agonía, su primer impulso fué gritar; luego sintiendo que la voz moría en su garganta no hizo otra cosa que esconder la carra entre ambas manos y cerrar los ojos en espera de ser aniquilada.

Quien haya leído las inimitables páginas de "Quo Vadis" y recuerde las fiestas de Nerón, habría tenido en Manuelita copia exacta de una de las vírgenes cristianas de las catacumbas,

—¡Madre mía! fué lo único que murmuró, como un suspiro.....

El perro, satisfecho ó quizás avergonzado después de contemplar un instante más á su indefensa víctima, subió pausadamente la escalera y se perdió en los interiores de un pasillo que daba á la cocina.

A poco Manuelita se encontraba en el zaguán temblando y con los ojos muy enrojecidos de llorar.

Veía su primer vestido largo destrozado con toda la amargura con que una alma sensible recoge los despojos de sus primeras ilusiones muertas.

No tenían dinero puesto que la cédula del montepío de su madre viuda no sería pagada en el siguiente Enero por el cambio de empleados. Además el tesorero, ese hombre déspota que traficaba con los sueldos de mártires caídos en luchas fratricidas ¡no arrugaba el seño cuando ella ¡pobre niña! cubierta de rubor iba hasta el Palacio y extendía una mano al pedir como limosna el precio miserable de la sangre de su padre?

Cómo, pues, proveerse de otra falda tan linda y tan costosa? No ascendía al ingente valor de cuatro sueres esa que el infame Nerva le dejara inútil?

/Dios mío/ y el regresó á casa ¿cómo hacerlo si también la manta estaba convertida en jirones inservibles?

/Cuánto sufrimiento! qué dolor tan rudo para ese corazón de sensitiva que jamás sintiera otros embates que el temor de verse abandonada por su madre y titularse huérfana!

Por consiguiente el caso era gravísimo.

Adela por su parte pensando en que su prima la aguardaba probó á desasirse de Herminia que seguía estrechándola. Lloraba inconsolablemente y le parecía imposible que talvez iba á desaparecer muy pronto de la tierra su hermosa condiscípula sin que uno solo de los suyos se preocupara de ello.

Ansiando una criada, alguien con quién poder dejarla y acabar su angustia, llamó por repetidas veces, pero muy en vano.

La casa de su amiga parecía encantada.

A no dudarlo doña Ana había salido y los sirvientes se encontraban lejos, decidiendo, quizás en sesión acalo-

rada que deben extinguirse los amos que no tienen más Dios que el egoísmo.

/Qué sorpresa! Qué horror! si bajo otra presión de las manos de Herminia, Adela había sido despojada de su manta é inmediatamente de ver que la rasgaba y sostenía con la diestra, se extendía en el lecho y principiaba á agonizar.

Los nervios, la delicadeza de Adela no pudieron más.

Sus gritos estallaron desbordadamente y con la precipitud del rayo se puso en la escalera.

Tal procedimiento, sin embargo no sirvió sino para que la peripuesta doncella de Herminia que dormía en la pieza contigua, despertándose echara maldiciones contra las pobres amigas de su señorita.

Intertanto la muerte se cernía impalpable, sacudiendo en la penumbra sus alas gigantescas y la herodera acabaría con el "sueño negro"!

Un coche se detuvo en el momento delante de la casa.

Se abrió la portezuela, y D. Pepe, el rico propietario, bajó de él acompañado de un gallardo joven con quien al parecer trataba de una importación de vinos.

/Santo cielo, el joven era Carlos!

Carlos para quien el rubor y las miradas de Manuela no habían pasado inadvertidos y ahora tanto á ella como á Adela iba á encontrar convertidas en peleles y pugnando por ocultar sus siluetas mutuamente.

Adela al escaparse del lado de la enferma lo hizo dejando allí su manta y la pobre completaba sus piezas de vestir con una raída levita de su esposo.

Don Pepe ni siquiera las miró ó al menos la vaguedad insierta de sus ojos claros y faltos de expresión así lo demostraron. Era un verdadero idiota ó acaso un verdadero inglés.

Carlos sí se detuvo: la juventud y la miseria de aquellas dos virtuosas aristócratas, vinieron á infundirle algo más que afecto.

Vió llorar á Manuelita y bien habría deseado enjugar sus lágrimas con besos.

/Quién creyera! entonces cuando para otro hombre vulgar y corrompido esa niña habría servido de burla, para Carlos que poseía una alma levantada y noble, que entendía la acepción de la palabra *amor* y no juzgaba el

matrimonio objeto de negocio, tal encuentro le sirvió de bendición y premio para el porvenir. Sus ojos se encontraron con los negros y dulces de la joven; se hablaron misteriosamente sus dos almas y él juró en secreto que ninguna otra mujer sería su esposa, si no lo era por desgracia Manuelita.

Ese mismo coche condujo á los tres jóvenes á la casa de Angela desde la risueña plazuela de San Pablo.

Las lágrimas de Manuelita corrieron nuevamente al caer desfallecida en brazos de su madre. ¡Qué impresión tan espantosa guardaría de ahí más en sus recuerdos! Y si Herminia dejaba de existir? ¡ah! la Pascua, los días del Belén tendrían para ella el indeleble sello de tristeza que tiene un Viernes Santo! Mas para los seres de frentes marchitadas por la angustia, para aquellos anémicos del alma que avanzamos solos, feliz, esa violeta que aun desconociendo los múltiples dolores de esta vida que hacen de cada corazón un Chimborazo con perpetuas nieves, posaba su cabeza en el pecho bendito de una madre en busca de esperanzas, en busca de consuelos que el huérfano no encuentra, no, no encontrará jamás. su nido está vacío!

La vaga claridad del véspero cruzando por entre hojas de lilas y claveles cultivados por Manuela en sus ventanas, envolvió en efluvios blancos y azulados esas cuatro bellísimas figuras.

El Angelus sonaba en las iglesias difundiéndose como un lamento en la penumbra y pidiendo á los cristianos oración, aquel perfume santo que sube á las alturas y calma y apacigua las negras tempestades, las internas luchas. Habían caído de rodillas ¡creencia, creencia para el mundo! y no importan los harapos del mendigo; hay luz, hay poesía en ellos si su aureola principia en la virtud!

Tres días después se celebraban con pompa y cuanto de fastuoso existe para un muerto, las exequias de la hermosa señorita Herminia de Velasco.

Algunos de sus numerosísimos parientes invitaron á los nobles de la población para el traslado de sus restos á la catedral y luego al cementerio.

Por otra parte la riqueza tiene sus adoradores y en la casa del siniestro, robosaba gentes que cuchicheaban y reían de Dña. Ana metida todavía en su favorito y único vestido verde.

—¡Mi hija, mi hijal repetía no la ví morir pero aunque una no sepa ni *Aritmético*, ni *Gramático* ni *Fotografía*, sabe que tiene alma y talvez la encontraré en el cielo.

Don Pepe por su lado: uno, dos, tres, barriles de Jerez, y ¡mi hija, mi hijal! cuatro, cinco de Torino, murmuraba dando paseos y paseos á lo largo de la estancia en donde había un férretro y blandones y flores marchitas, y rumores sordos como olas que se chocan, se repelen; como el sufrimiento en fin.....

El negocio y la avaricia hicieron olvidar aquellos dos infortunados seres el amor más santo, la más sagrada obligación impuesta por Dios y la naturaleza misma.

Hoy sobre el elegante mausoleo de Velasco donde duerme Herminia, apenas si se ve de vez en cuando á su doncella que hace la que llora y al famoso Nervá que como en otros días cuida de su dueña y esperando voces lastimeras á que ésta se levante y acaricie su cabeza envejecida y triste por la acción del tiempo.

Al contrario, Manuclita es la esposa feliz é idolatrada de Carlos que supo comprenderla y amar en ella la hermosura y nitidez de su alma más que de su cuerpo.

Han pasado nuevamente algunas Pascuas, han pasado otros Diciembres y se ha visto en todos obsequiada de vestidos primorosos y de mucho amor de parte de los suyos. Carlos comercia al por mayor en vinos y se dobla día á día su fortuna.

Angela ha mejorado casi por completo y vive en compañía de su hija edificando con su ejemplo á cuantos la rodean.

Adela y su marido forman parte también de la familia. La primera no viste ya levitas y muy pronto será la madrina electa de la primogénita de Carlos.

La dicha y el temor de Dios imperan en ese hogar.

La única sombra que como nube de verano enturbia de repente los semblantes apacibles de Adela y Manuclita es el recuerdo de la muerte de su condiscípula, más si la casa que actualmente habitan se halla frente á frente de la suya, en la bellísima y nombrada plazuela de San Pablo

MARIA NATALIA VACA.

Lágrimas y Flores

SOBRE LA TUMBA DE MIS PADRES

¡Oh! qué dulce, qué dulce es en la vida
Recostados dormir en el regazo
De una madre; y también el tierno abrazo
De su amor puro y santo recibir.
Y forjar mil ensueños de ventura
Al sentir de sus labios el aroma,
Cual sol entonce el porvenir asoma
En un cielo de oro y de zafir.

Y elevar al ideal desconocido
Nuestro vuelo, cual águila altanera,
En alas puras de ilusión primera
Llenos de dicha y juvenil ardor.
Y soñar y soñar en otros mundos
Sin comprender que en el planeta *Tierra*
El mal, el crimen y el dolor encierra,
Y quimera y mentira es el amor.

¡Oh mundo! yo desprecio
Tus pérfidas quimeras,
Tus glorias pasajeras,
Tus dichas, tu placer.
Grandezas y fortuna,
Tu amor y tu esperanza,
Tus sueños de bonanza,
Tus ramos de laurel!

Si todo en este mundo
Fúguz para mí ha sido,
Mis padres he perdido,
Con ellos mi ilusión,

Con ellos mi esperanza,
 Con ellos mi ventura,
 Tan sólo la amargura
 Quedó en mi corazón.

¿Por qué meció mi cuna
 La pérdida riqueza,
 La dicha, la grandeza,
 Y el ángel del amor...?
 Rodeada de mis padres
 Formé yo sus delicias;
 Sus plácidas caricias
 Recuerdo con dolor.
 ¡Oh Dios! ¿qué se hizo todo
 Y en qué se convirtieron?
 ¿Mis padres qué se hicieron,
 Los padres de mi amor...?
 Los busco y no los hallo...
 Si tiendo mi mirada
 Cenizas sólo y nada
 Encuentro en mi redor

¡Oh! qué dulce, qué dulce es en la vida
 Recostados dormir en el regazo
 De una madre; y también el tierno abrazo
 De su amor puro y santo recibir!
 Y despertar, que triste es, de ese sueño
 Para encontrar la realidad sombría;
 Lejos de tí no puedo, madre mía,
 Sin tus caricias ni tu amor vivir.

¿Qué encierra el mundo para mí de alhago
 Sin el fulgor de tu mirada santa...?
 La tierra es valle de amargura tanta
 Que no hallo donde reclinarme a descansar.
 ¡Qué importa, oh madre, que me ofrezca el mundo
 Amor, gloria, coronas, bienandanza
 Si no tengo tu amor! Ni la esperanza
 Tiene atractivos para mí también.

Te llamo por tu nombre, madre mía,
 En mis horas de angustia y de tormento,
 Se pierde en el espacio mi lamento
 Y contemplo mi suerte con horror.
 ¡Oh padre de mi amor, madre de mi alma,
 Adiós, adiós! ¿por qué la muerte impía
 Tus cariñas me niega, madre mía,
 Y de mi padre el puro y santo amor?

Ya no jamás, jamás en este suelo
 Contemplaré tu imagen adorada;
 Volaste al cielo, y sola abandonada.
 Me dejaste sumida en el dolor.

En el sol, en la luna, en las estrellas,
 En el viento y la brisa gemidora,
 Al despuntar la refulgente aurora,
 Y en las notas del pájaro cantor.

¡En qué no te recuerdo, madre mía,
 En qué no miro tu figura santa
 Cuando el poeta de amargura canta
 Allí yo escucho tu doliente voz.
 En fin, descanza en paz, madre adorada,
 Aquí vengo, á regar, de mil dolores
 Lágrimas tristes, deshojadas flores
 Sobre la losa de tu tumba *¡¡¡ Adios!!!*

EUSTOLIA MOSQUERA.

Zaruma, Mayo 6 de 1905,



¡ Quito, Luz de América!

¡Oh Quito hermosa! la joya más preciada
 De este pedazo de la patria mía:
 ¿Cómo no saludarte entusiasmada,
 En los albores de este fausto día?

Y al mirarte ceñida de laureles
 ¿Cómo no rebosar de orgullo santo,
 Si aquí los hijos que te honramos fieles
 Somos felices al besar tu manto?

En efecto: tus glorias son muy grandes
 Cuando al romper la esclavitud ibera
 ¡Como reina escogida de los Andes!
 Te cupo, por honor, ser la primera.

¡Y tus hijos! los héroes sin segundo
 De esa epopeya de inmortal renombre,
 De virtudes y honor germen fecundo
 Legaron con su sangre y con su nombre!

¡Oh Quito! ¡Oh Luz esplendorosa y bella
De aquesta tierra por Colón soñada!
Nunca se eclipse tu radiosa estrella,
Jamás, jamás te mires humillada.

ISABEL D. DE ESPINEL.

Quito, Agosto 10 de 1.905.



Petición



H H. LEGISLADORES:

Debido á la iniciativa particular ha principiado á publicarse esta Revista, órgano, como su nombre lo indica, de ingenios femeninos. La buena acogida que ha tenido en la Nación, es un estímulo para que sus redactoras y colaboradoras no desmayen en tan noble propósito. Pero si hay buena voluntad de parte de los que han promovido esta empresa literaria, temen que su constancia se estrelle en la falta de recursos para subvenir á los gastos que demanda la publicación.

Acudimos, pues, á vosotros que acabáis de dar una muestra de filantropía incluyendo en la Ley de Presupuestos sendas cantidades para el sostenimiento de otras Revistas que, por vuestra munificencia continuarán su marcha periódica en Quito y Guayaquil. "La Mujer" se cree acreedora á esta gracia, y confía que en esta ocasión no será pospuesta á las demás publicaciones, y votaréis una cantidad igual, con la que habéis favorecido á "Guayaquil Artístico," Albores Literarios," y la "Revista Jurídico-Literaria."

No queremos entrar en otras consideraciones, porque sería ofender el espíritu de progreso de que os sentís animados, cuando se trata de la educación del bello sexo; de esta hermosa mitad del género humano, cuyos ade-

lantos influyen en el bienestar de todas las clases sociales.

Nos apresuramos, H. H. Legisladores, á enviar el testimonio de nuestra profunda gratitud por el favorable resultado que obtendrá nuestra insinuación

HONORABLES LEGISLADORES.

Las Redactoras.



Confidencias

á mi amiga María Natalia Vaca.

¿Piensas, acaso, amiga idolatrada,
que por el mundo voy
de una dicha sin fin acompañada;
que jamás se me nubla la mirada,
que siempre feliz soy,

Porque, egoista, no quiere confidente
que alivie su pesar
y á nadie cuenta todo lo que siente
mi alma sencible?... pues callando miente
que no sabe llorar.

Yo escondo, niña, mi dolor profundo
dentro del corazón,
ya que el llanto es mil veces infecundo
y es locura esperar del necio mundo
un ¡ay! de compasión.

Mas ¿sabes quién disipa mi tristeza,
quién me enseña á sufrir
callada, con valor y con nobleza
y á levantar altiva la cabeza
si me quieren herir?

Mi madre, que es mi amiga bendecida,
el ángel de mi hogar,
mi confidente, mi ilusión querida
que endulza la amargura de mi vida
enseñándome á orar.

ANA MARIA ALBORNOZ.

Ambato, Setiembre de 1903.

NOTAS

ABRIMOS esta sección enviando un saludo al Sr. D. Lizardo García como á Presidente de la República; hacemos votos porque su administración sea benéfica al país y abrigamos la esperanza de que sabrá conducir al Estado por los senderos que la civilización marca á los pueblos libres, rodeándose de hombres prestigiosos, ilustrados y conocedores de las verdaderas necesidades de los pueblos. Si acaso, como es de esperar, esto sucede, habrañse cumplido los más ardientes deseos de «La Mujer» que no anhela otra ventura que la felicidad de la Patria.

Imponente, magestuosa estuvo la trasmisión legal de la Presidencia de la República al Sr. D. Lizardo García verificada á fines de este mes. Leyéronse en este acto sendos discursos tanto del nuevo Magistrado como del Sr. General Plaza y del Dr. Tamayo, como Presidente del Senado llamado por la ley para posesionar en su cargo al nuevo Presidente Sr. García. Cada uno de los discursos contiene bellos ideales y da muchas esperanzas. El tiempo se encargará de manifestarnos si son únicamente promesas de *estilo* ó si se convertirán en una halagadora realidad.

Se nota mucho entusiasmo en la Cámara joven por rechazar las objeciones del Ejecutivo acerca del proyecto de decreto relativo á la jubilación del eminente bardo, Sr. D. Numa Pompilio Llona, y de la no menos inspirada señora doña Dolores Sucre. Dada la hidalguía de la H. Cámara del Senado, la insistencia será secundada y veremos entonces con placer premiados los merecimientos de ambos escritores. Ojalá así suceda para honra de ellos y estímulo de la juventud estudiosa que hoy se ufana por seguir la escabrosa senda que conduce á la inmortalidad.

HEMOS sido honrados con la visita de las siguientes publicaciones: «Guayaquil Artístico», «El álbum literario», la «Revista Cuencana», «Pedagogía y Letras», «Anales del círculo católico», «Albores Literarios», «Gaceta Municipal», «El Ecuatoriano», «La Voz de Guaranda», «La República», «La Paz», «El Ensayo». Agradecemos el envío y retornamos el canje.

POR tener exceso de material nos es sensible no dar publicación en este número composiciones de mérito que nos han llegado de las provincias, así como las de algunas escritoras de este lugar que se hallan ausentes.

Año I. { Quito, Octubre de 1905 } Núm. 6

LA MUJER

REVISTA MENSUAL DE LITERATURA Y VARIEDADES

SUMARIO:

Discurso pronunciado en la Velada Literaria-Musical de la Sociedad Artística e Industrial del Pichincha, por Zolla Ugarte de Landívar. — Gloria al Obrero, por Mercedes G. de Moscoso. — Sor Lorenza, por Antonia Mosquera A. — A una leña del Rímac, por Dolores Suñer. — Consejos a las mujeres, por Soledad Acosta de Samped. — Los dos llantos, por Clorinda M. Chiriboga. — Homenaje y protesta, por Zolla U. de Landívar. — A mi hija Haydée, por Della C. de González. — La Velada, por Josefina Veintemilla. — El mastín y los tordos, por Carolina F. Cordero de Arévalo. — El disco de la muerte, traducción del francés por una señorita. — El libro blanco, por Ofelia. — Notas.

Imp. de la Sociedad "Gutenberg", por Alberto Proaño